

Amor a la realidad

El trasfondo agustiniano de Emilio Komar

Por Julián Ignacio López¹

Introducción

Conocida e inconfundible es la influencia que Tomás de Aquino tiene sobre el Dr. Komar, muy distinta a la menos conocida presencia del pensamiento de Agustín de Hipona en su filosofía. Si bien es evidente que Tomás y Agustín están de acuerdo respecto a las grandes cuestiones filosóficas y de cosmovisión, en la obra de Komar el Hiponense aparece de un modo latente y menos frecuente, mientras que el Aquinate es referido muy recurrentemente. En este trabajo nos proponemos destacar la presencia de Agustín de Hipona en el pensamiento de Emilio Komar, fundamentalmente en un aspecto central de toda su filosofía: el reconocimiento de un valor intrínseco a toda *res*, propio de una lectura creacionista y realista, y el amor consecuente con dicho valor *per se* de las cosas que el hombre le debe a la realidad. Dado que esta tesis también es sin lugar a dudas defendida por Tomás de Aquino, es menester mencionar aquí que no pretendemos aludir a una supuesta idea agustiniana descartada u olvidada por el Aquinate pero presente en el Dr. Komar, sino simplemente manifestar cómo muchas intuiciones suyas, a pesar de no ser referido explícitamente, tienen orígenes más antiguos a la Escolástica y echan sus raíces en el Norte Africano del siglo IV y V.

En este punto también debemos mencionar que sin lugar a dudas existen otros puntos en común o, según nuestro planteo, otros rasgos agustinianos en el pensamiento de Komar, como pueden ser la noción de

¹ Profesor y Licenciado en filosofía por la UCA. Allí también es adscripto de la cátedra Historia de la filosofía medieval y posee una beca de iniciación a la investigación con la cual se encuentra haciendo el doctorado por esta misma institución. Estudiante regular de teología en la UNSTA, actualmente trabaja en el colegio Holy Cross como catequista, preceptor y profesor de filosofía. Ha publicado algunos artículos y ha participado en jornadas y congresos de filosofía con temáticas vinculadas al pensamiento de Agustín de Hipona, a quien le ha dedicado su tesis de licenciatura, recientemente publicada en *Ágape*.

corazón, la figura del *maestro*, o el desarrollo del mundo interior, pero aquí nos limitaremos únicamente a la exposición de este rasgo filosófico compartido por ambos y que a menudo es soslayado en las interpretaciones de San Agustín por hacer hincapié en su neoplatonismo.

Para llevar adelante este propósito, limitándonos fundamentalmente a sus obras publicadas con el título *Orden y Misterio* y *La verdad como vigencia y dinamismo*, intentaremos rastrear en estos trabajos de Komar las expresiones que aludan con mayor fuerza al valor ontológico de la realidad, su sentido propio y su carga de bondad. A partir de allí, buscaremos dejar en evidencia cómo esa postura respecto a la realidad es netamente agustiniana, de modo que se logre apreciar una fuerte presencia implícita de nuestro Padre de la Iglesia en la filosofía del Dr. Komar. Naturalmente, esto último lo haremos a partir de la referencia explícita a ciertos pasajes a lo largo de toda la obra del Hiponense en los cuales se aprecien las mismas ideas. Finalizaremos Nuestro trabajo con una breve recopilación de las conclusiones registradas a lo largo de todo nuestro trabajo.

El sentido valioso de la realidad y su amor debido

Tal vez sea oportuno comenzar nuestra exposición con la conocida distinción de filosofías aludida por Komar según la cual existen únicamente dos grandes cosmovisiones: una que acepta y reconoce un orden dado en la realidad, la cual se encuentra situada entre dos intelectos y dos voluntades, entre lo divino y lo humano²; y otra según la cual la realidad es para el hombre mero material de trabajo, amorfo y carente de sentido propio, portador de una ausencia de orden objetivo que el hombre viene a sanar con su voluntad omnipotente, al compás de la cual se rige y se regirá el mundo. En otras palabras, según lo primero, el realismo filosófico, la realidad es un conjunto de seres con valor propio ordenados jerárquicamente según un intelecto y una voluntad superiores, que tienen un lugar y un modo de ser propios y que

² “Todas las cosas creadas están colocadas entre dos inteligencias y dos voluntades: la que creó y la que conoce o apetece la cosa. La “cosa” o el “objeto” se constituyen así entre dos “sujetos”.” Komar Emilio, *Orden y misterio*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1996, p. 96

forman propiamente lo que llamamos un *cosmos*, es decir, un universo de realidades en su conjunto ordenadas. Es interesante notar cómo Komar no solamente alaba esta intuición que reúne lo mundano y lo divino en los grandes pensadores cristianos sino también en los más ateos, como es el caso de J. P. Sartre:

“El *logos* intrínseco de las cosas nos remite inevitablemente a la creación. Esto lo vio con toda lucidez Jean Paul Sartre, filósofo ateo coherente. Si las cosas naturales tienen sentido intrínseco o *logos*, o esencia, entonces el Creador existe y si, en cambio, no existe, es necesario negar la esencia de las cosas naturales.”³

En concordancia con esto, si se asume la inexistencia de un Ser superior que garantice el orden y el valor objetivo de la realidad, al mismo tiempo que se pierde la profundidad y el alcance metafísico de los seres finitos nos encontramos con una postura inmanentista según la cual, frente a la ausencia de un orden dado, el hombre es quien los ordena subjetivamente, dándoles él mismo el valor y el sentido a las cosas, en sí mismas amorfas, que considera adecuado, sin una conexión real con la realidad⁴. De más está decir que el Dr. Komar se alinea con el realismo filosófico y presenta fuertes objeciones a toda filosofía en algún punto inmanentista, como son los casos de Kant y Hegel.

Situándonos ahora en donde nos interesa, abordando el realismo filosófico desde esta perspectiva percibimos que la realidad, portadora de valor propio, no se determina ni cobra sentido en su contacto con el hombre sino que, por el contrario, es el hombre quien, lejos de ser creativo en su acto de

³*Ibid.*, p. 71

⁴ Véase, por ejemplo, lo sostenido por Komar: “Pensar, en el sentido iluminista, significa producir un orden científico unitario y deducir el conocimiento de los hechos de principios que pueden ser entendidos como axiomas determinados arbitrariamente, como ideas innatas o como abstracciones supremas. Las leyes lógicas instauran las relaciones más generales de este orden: lo definen. La unidad reside en la concordancia... Conocimiento es subsumir bajo principios. (...) Esta razón que es praxis aplicada a la conducta moral, procede según su íntima naturaleza: no abre ninguna visión de lo real, no ubica al sujeto en la tierra firme de la realidad dada, sino que lo coloca simplemente en el sistema, preocupándose ante todo por el correcto funcionamiento del mismo que la inserción del sujeto no debe perturbar.” *Ibid.*, p. 36

conocimiento, es más bien receptivo frente a la realidad, debiendo adquirir más una actitud de escucha que de discurso frente a la misma. Esta idea es expuesta con claridad y sencillez por Ana Galimberti de Padrón en la presentación de *Orden y misterio*, en donde expone:

“La relación que existe entre el ser objetivo y la inteligencia del hombre hace que –a favor del carácter determinante del ser– nuestro acto de conocimiento no sea creativo sino receptivo. Esta receptividad no le quita espontaneidad alguna al hombre como sujeto sino que, por el contrario, consagra su feliz iniciativa: acoger y expresar de manera inteligible la verdad de las cosas y, en su conjunto, la verdad del *universum* u orden que constituye la totalidad de lo que es. Esta es una dignidad preciosa e irrenunciable en el hombre.”⁵

Aquí encontramos sintetizadas las líneas fundamentales de toda nuestra propuesta. Una realidad buena y verdadera en sí, dueña de un valor capaz de ser recibido por el hombre que tiene la actitud adecuada para con ella y alimentarlo de ser, aquel que es bueno por sí mismo y provechoso para el hombre y que, por lo tanto, tal como enseña la antropología clásica, se vuelve amable para el hombre. Por otra parte, si bien todo es bueno y amable, la clave para saborear al máximo la realidad, tal como le gusta decir a Komar, es sin duda el orden impreso en la jerarquía objetiva, aquel que el hombre debe descubrir. Visto desde el plano de la inteligencia y en palabras del Maestro:

“La sabiduría es *sapientia* y *sapientia* es *sápida scientia*, esto es, ciencia sabrosa, gustosa. Es decir, ciencia no seca, no meramente fáctica o fríamente nocional, sino sabrosa. El sabor, ¿de dónde proviene? Precisamente del sentido de las cosas, estrechamente unido a su valor. Lo que tiene sentido, también vale. Las creaturas

⁵*Ibid.*, p. 7-8

llevan en sí el sello del pensamiento y del amor del Creador. Por eso son sabrosas. Conocerlas de veras, en profundidad, nos revela su sabor.⁶

Por otro lado, este es precisamente el corazón de la ética agustiniana, señalado con mucha sencillez por la Dra. Mosto en su artículo sobre el Hiponense, en donde expone cómo para el Obispo de Hipona “el orden del amor depende de los bienes que lo atraen. El amor adquiere una forma que se encuentra en relación con el objeto al que se orienta. Para San Agustín todo lo que existe es bueno y por lo tanto amable, pero dentro de una jerarquía⁷.”⁸ Por tanto, recapitulando un poco lo expuesto, siempre dentro de una postura realista, nos encontramos con una concepción según la cual el conjunto de existentes responde a un orden dado en las cosas por un Ser superior y es portador de un sentido propio e individual capaz de enriquecer al hombre en su contacto receptivo con ellas, traducible en sabroso para la inteligencia y apetecible o amable para la voluntad.

Ahora bien, en esto que denominamos *orden dado* y en las silenciosas referencias al *Ser superior*, ambas ideas fundamento de la bondad ontológica que pasaremos a desarrollar, en esto que da lugar al sabor y al amor genuino de las cosas radica para nuestro autor la idea misma de misterio. Porque la realidad depende y nos habla de un Creador, plenitud fontal y dador de sentido, sabor y bondad a todo lo que existe, precisamente por ello la realidad siempre es atractiva, enriquecedora y valiosa más allá de lo dicho o hecho por el hombre, porque no depende de él sino de Dios. Esta inagotabilidad es la que permite el contacto siempre nuevo con las cosas, el sabroso conocimiento amoroso de ellas, y del Creador a través de ellas, incapaz de saciarse completamente.

“Es precisamente el misterio -dice Komar-, el claro-oscuro intelectual, la inagotabilidad del ser, su *espesuralo* que permite la

⁶*Ibid.*, p. 128

⁷ Cfr. *De Trinitate*, VIII, 3,4

⁸ Mosto Marisa, “San Agustín: la luz de la ley y el bien del hombre”, *Sapientia*, Bs. As., UCA, Facultad de filosofía, Volumen LXVI, Fascículo 227-228, 2010, pp. 191-204.

calma contemplativa, la expansión del espíritu que va “adentro” y no se desliza “a lo largo” de las cosas. Si el “ser es apariencia” y si las cosas son “totalmente en su exterioridad”, no es posible detenerse ante ellas. Una vez agotadas, no pueden decirnos más nada.”⁹

Se afirma por tanto un núcleo interno, una esencia valiosa en cada realidad que trasciende su exterioridad y que en algún punto es inagotable porque no depende de ella misma. Vale por sí misma pero en tanto nos remite a algo más grande, ese es precisamente su valor y por eso es siempre amable. Esto es lo que tradicional y metafísicamente podemos denominar *bondad ontológica*, a saber, no solamente la identificación del ser con el bien sino además la constante referencia al Ser de todo lo que es, y de todo lo bueno a la Bondad. Por esta conexión a la fuente es que toda realidad es insondable e inagotable en su bondad y verdad, en su capacidad de ser amadas y conocidas.

Por otra parte, tampoco debemos descuidar el orden. Recordemos en este punto que para Agustín el ser y la bondad se identifican al punto que el mal no tiene existencia real sino moral, algo mencionado numerosas veces a lo largo de toda su obra y a lo cual además ha dedicado un tratado entero titulado *De natura boni*.¹⁰ La sabiduría, por tanto, no consta en no amar lo malo, porque metafísicamente no existe y todo es en algún punto bueno, sino en adquirir la prudencia de saber reconocer el lugar que cada ser ocupa en el cosmos y amarlo en la justa medida que su lugar objetivo demanda, una medida que no se hará patente en un ser particular aislado, en sí mismo inagotable y capaz de renovar siempre su sabor, sino en su comparación con los bienes superiores, algo capaz de ser percibido sólo cuando se percibe toda la jerarquía de valores. De otra manera no se explica cómo podemos dedicar nuestra vida entera a bienes inferiores y finitos, sin remontarnos al Ser eterno. En tal caso, el desorden sería no percatarnos de que dicha realidad creada pretende remitirnos a algo más grande y que, curiosamente, es por lo cual ese bien

⁹ Komar Emilio, *Orden y misterio*, p. 24

¹⁰ El reconocimiento de esta verdad metafísica también es manifestado por E. Komar (Cfr. Komar Emilio, *Orden y misterio*, p. 116-117; Cfr. Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Ediciones Sabiduría Cristiana, 2006, p. 17).

finito tiene su mayor sentido y vigencia, por su conexión al Creador. En concordancia con esto, Komar da en el clavo cuando afirma que la clave del realismo es saber ver y oír el orden de la creación:

“La vida para un espíritu creado está en proporción a su apertura al orden de los seres que lo rodean y del cual él mismo forma parte, y a su apertura al Ser Increado, que es su fundamento. Apertura, que es auscultación incesante de los demás seres, de su sentido y de su orden. El realismo es saber ver, saber oír, saber subordinarse, saber renunciar a su *sistema*.”¹¹

Por lo tanto, para el Dr. Komar no solamente es relevante atender al orden de los seres sino que también se reconoce un valor intrínseco en cada ente particular, portador de bondad y sentido que, al ser percibidos, nos abren al Ser Increado, su fundamento, su razón de ser. En clave fenomenológica diríamos con San Juan Pablo II, que debemos “realizar el paso, tan necesario como urgente, del *fenómeno* al *fundamento*”¹², no porque el fenómeno o el ente particular sean malos sino porque su razón más profunda es precisamente conducir al fundamento. Este es el valor más sabroso de la realidad, ese remitir a lo profundo es su lugar propio y su máximo aprovechamiento para el hombre.

En otras palabras, la realidad tiene sentido y merece nuestra atención en cada uno de sus particulares existentes por su capacidad de remitirnos a Dios, lo cual no hace del cosmos un mero medio desechable sino algo legítimamente bueno y máximamente disfrutable en la medida en que no permanecemos en ellos sino que, pasando por el conocimiento sabroso y amoroso de los mismos nos encaminamos hacia el Ser Increado. Así, la creación no se desprestigia por ser reconocida como el medio a través del cual se llega al Sumo Bien sino que se revaloriza y se la respeta en tanto se le da el lugar que objetivamente le corresponde por su propia naturaleza: bienes que nos hablan del Bien. Por ello sostiene Komar que:

¹¹ Komar Emilio, *Orden y misterio*, p. 148

¹² Juan Pablo II, Carta encíclica *Fides et Ratio*, 83.

“La mirada contemplativa no prescinde de los entes particulares, de su sentido y su valor, sino ciñéndose a lo que de veras son y evitando caer en *cogitare ultra*, se deja medir rigurosamente por ellos, pero no se limita a ellos. El ente particular se torna *speculum vitae y liber sanctae doctrinae*: la creatura habla del Creador. Como dice la Constitución *Gaudium et Spes*: “en el lenguaje de las creaturas” se oye “la voz y la manifestación de Dios” (art. 36). Lo finito nos remite a lo Infinito.”¹³

Tal como expresa aquí Komar, no pudiendo prescindir de los particulares para llegar a la fuente, el desafío está en hacer uso amoroso de lo finito para alcanzar lo infinito, servirnos de lo que es necesario para ascender sin detenernos en ello. Precisamente, los particulares son medios adecuados para la aproximación al Ser Supremo porque todos ellos son buenos, porque, como dice Komar citando al Magisterio de la Iglesia, nos hablan de Él legítimamente y a Él nos remiten por su dependencia en la Bondad, la Verdad y el Ser. Esta es la razón por la cual, como ya se dijo, la realidad es siempre sabrosa, valiosa y amable, pero solamente en la medida en que reconocemos y respetamos esta dependencia de toda la Creación respecto a Dios es que podemos empezar a percibirlo y, dándole el lugar que le corresponde a cada cosa, realmente comenzar a saborearlas. Así lo expresa él mismo líneas más adelante: “Dios crea las cosas *aphoristicós*, es decir *determinando y definiéndolas*, según enseñaban los Padres griegos. Y nosotros, sólo respetando el *propium* de ellas, pisaremos la tierra firme y nos ubicaremos de veras *in rerum natura*.”¹⁴

Es llamativo que Komar cita aquí a los Padres Griegos y no a Agustín, para quien lo que acabamos de exponer es uno de los fundamentos no sólo de su ética sino de todo su pensamiento. Así lo cree, por ejemplo, Victorino Capánaga, ejemplar agustino que considera esencial al Hiponense la convicción de que “hay que pasar por las criaturas, por elevadas que sean, y

¹³ Komar Emilio, *Orden y misterio*, p. 24-25

¹⁴*Ibid.*, p. 25

subir siempre arriba, más arriba”¹⁵, idea expresada por el Obispo de Hipona con su característica retórica del siguiente modo:

“De las cosas creadas quiero hacer una escala para subir hasta ti; porque sé que, si las amo más que a ti, no llegaré a poseerte. ¿Y de qué me servirá la posesión de tus obras si me faltas tú, el artífice de ellas? Es verdad que puedo amarlas; pero a ti más que a ellas, y a ellas por amor tuyo.”¹⁶

En concordancia con lo dicho anteriormente acerca del sabor y el valor que toda la realidad tiene para el hombre, por cierto absolutamente legítimos, nótese que Agustín afirma la legitimidad del amor a las cosas creadas, con la nota aclaratoria de que dicho amor debe estar encauzado en el orden objetivo de todo el cosmos pensado y querido por Dios, tal como veíamos más arriba en las palabras de Komar. Para Agustín, lo que marca la percepción y el respeto del orden dado de las cosas es justamente el amor hacia ellas, pues él mueve al hombre y legitima toda posesión, “Él es nuestra virtud, porque si no lo tenemos, de nada nos sirve lo que tengamos fuera de él.”¹⁷

Por lo tanto, movido por el amor, el hombre no debe privarse sino precaverse de su deleite en los entes finitos, no por ellos mismos sino por el peligro de no alcanzar bienes mayores. Teniendo presente esta jerarquía en la realidad, su amor se vuelca hacia todo ser creado, lo respeta y lo disfruta máximamente en la medida en que reconoce su lugar propio y se vuelve así un amor ordenado, un *ordo amoris*. Acerca de esta bondad inherente a toda realidad y de la mencionada advertencia respecto a la necesidad de reconocer y respetar el orden dado nos aconseja el Obispo de Hipona:

“Todas las cosas que existen, es Dios quien las ha creado: que el espíritu del Señor te ilumine para que conozcas que todas son buenas; pero, ¡ay de ti, si amas las cosas creadas y abandonas al

¹⁵ Agustín de Hipona, *Obras completas I*, BAC, 1979, Introducción general de V. Capánaga, p. 189

¹⁶ Citado por: Kempis agustiniano, BAC Minor, Madrid, 2010, p. 61

¹⁷ *En. in Ps.* 121, 10, en: San Agustín, *Obras completas XXII*, BAC, Madrid, 1967

Creador! Dios no te prohíbe amarlas; lo que no quiere es que las amas con miras a la felicidad, sino que las consideres y alabes amando en ellas al Creador.”¹⁸

Si bien la aproximación a la realidad por parte del Dr. Komar parece ser preferentemente la vía de la inteligencia mientras que para Agustín es el amor, siendo esta diferencia una mera cuestión de matices y énfasis, ambos coinciden en el reconocimiento del valor *per se* de la realidad, de su carga de sentido y del respeto que se le debe por ser obra buena del Creador y por su labor privilegiado de hablarnos y conducirnos a Él. Por supuesto que Komar refiere al amor como centro del hombre¹⁹, por cierto una idea muy agustiniana, y su capacidad de abrirnos a la realidad a la vez que Agustín hace lo propio con la inteligencia, pero aquí nos interesa señalar su comunión, aunque en general por vías aparentemente diversas, en lo que respecta al valor de la Creación y al amor que se le debe.

Volviendo a las semejanzas, podemos encontrar en la obra publicada de Komar que se titula *La verdad como vigencia y dinamismo*, ideas muy semejantes a lo expuesto en la última referencia a Agustín, quien identificaba la Creación con un conjunto de seres buenos y objetivamente ordenados, todos ellos dependientes del Creador. A su vez, por ser buenos, como venimos repitiendo, cada uno de estos seres es en sí mismo valioso y tiene algo para decir al hombre, tiene verdad, bondad y ser con los cuales él se puede alimentar. Como dijimos, desde la perspectiva de la inteligencia, Komar expresa esto de la siguiente manera:

“El hecho de que haya valores en el ser humano no significa que estos valores sean subjetivos. Todo lo que existe en el mundo, en distintas proporciones y medidas, vale, tiene una cierta vigencia,

¹⁸Citado en: Kempis agustiniano, ed. cit., p. 63

¹⁹ Véase, por ejemplo lo siguiente: “Tengo que ubicarme cada vez mejor y con eso logro mayor seguridad, me instalo cada vez más en mi interior y puedo crecer desde mí mismo. En esto ayuda mucho el amor auténtico, porque cuando nos amamos de veras, o nos aman de veras, cada acto de amor nos coloca en el justo lugar, en nuestro centro, nos ayuda a ser lo que somos. Esto vale también con respecto a los demás: les ayudamos a ser lo que de veras son.” Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, ed. cit., p. 34

representa cierto bien. Estos bienes constituyen entre sí una jerarquía, un orden objetivo, que habla de distintas maneras a los distintos corazones sin perder objetividad.”²⁰

Recapitulando lo hasta ahora expuesto, hemos intentado dejar en evidencia cómo el reconocimiento del mundo como un conjunto de bienes valiosos, dignos de amor, necesarios para el hombre en su ascenso hacia el Sumo Bien, todos ellos prolijamente dispuestos y gobernados por un orden objetivo pensado y querido por Dios, hemos intentado dejar en evidencia decimos, cómo esta es una idea profundamente agustiniana y de la cual la obra de Komar se encuentra empapada por más que no haya una referencia explícita al Doctor de Hipona en los textos a los que nos hemos limitado.

Por otra parte, es evidente que podríamos seguir trayendo a colación gran cantidad de textos que den testimonio de las similitudes en este punto, pero consideramos oportuno finalizar nuestro trabajo con una breve referencia a la presencia de Agustín en Komar respecto a cómo debe el hombre buscar relacionarse con una realidad de estas características. Acerca de esto algo hemos dicho más arriba, aunque sólo indirectamente, cuando aludimos al respeto de la jerarquía dada en la realidad y a la necesidad de jamás olvidar que las creaturas deben conducirnos a lo superior y no convertirse en el punto de llegada. Respecto a la vida moral como atención al orden dado sostiene Komar que “vivir moralmente es vivir conforme al orden real, al orden natural. La razón que guía la conducta es razón realista, substancial, atenta al *logos* intrínseco de las cosas.”²¹

Por su parte, vivir conforme al orden real para Agustín no es otra cosa que reconocer cómo están dispuestas las cosas según su carga de bondad, dado que todas “han sido ordenadas de tal suerte que las más débiles se subordinan a las más fuertes, (...) y así también lo terreno se armoniza con lo celestial en subordinación de inferior a superior y más excelente”²², para así amar más lo que es más. Cómo muy bien señala la Dra. Mosto, para Agustín

²⁰*Ibid.*, p. 16

²¹ Komar Emilio, *Orden y misterio*, p. 41

²² Agustín de Hipona, *Obras completas III*, BAC, 1967, *De natura Boni*, 8.

“la jerarquía del ser, debe reproducirse en los amores del alma. El hombre debe amar más lo que ES más, lo que tiene mayor consistencia ontológica. (...) El alma debe admitir la jerarquía y orientarse al Bien inmutable que le señala la sabiduría.”²³

Ahora bien, una lectura demasiado apresurada a sacar conclusiones podría ver en esta ética una suerte de represión, como si la necesidad de ordenar los amores y de no darle a cada cosa más atención de la que en sí misma merece fuese una suerte de coerción del amor, en especial cuando se entiende al hombre como un ser inquieto e incapaz de saciarse en este mundo por sus deseos de infinito.²⁴ Pero esta lectura se equivoca en la medida en que olvida que la plenitud no está en el exceso sino en la medida justa, como dice no sólo Gilson en su introducción a Agustín, –“Recuérdese que el bien es amar las cosas con un amor que se conforme al orden. (...) *ordo est amoris*; la virtud es la sumisión del amor al orden. La jerarquía de los fines permite determinar a qué orden debe sujetarse la voluntad”²⁵–, sino también y con mayor claridad en este punto Emilio Komar:

“El apasionamiento ordenado no quita sino que aumenta el valor moral de los actos humanos. (...) El virtuoso no es el reprimido, no es aquél que sólo se contiene y abstiene, sino aquél que encauzó sus energías pasionales según el orden de la verdad objetiva, según el sentido profundo de las cosas, realizando así una vida llena de sentido, puesto que una vida sin sentido no es vida para el hombre.”²⁶

En última instancia, el orden de la verdad objetiva nos da la pauta de cuáles son los bienes de los cuales debemos servirnos y cuáles son aquellos de los que debemos gozar. No nos adentraremos demasiado en este punto sino que simplemente nos limitaremos a decir que para Agustín es evidente que el

²³Mosto Marisa, Loc. cit.

²⁴ Recordemos la célebre frase de Agustín al comienzo de sus *Confesiones*: “Nos hiciste, Señor para ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que repose en ti.” *Conf.* 1, 1.

²⁵Gilson Etienne, *Introducción al pensamiento de San Agustín* [1983], Trad. de Courrèges (inédita), p. 155

²⁶ Komar Emilio, *Orden y misterio*, p. 43

fin último del cual debemos gozar es Dios mismo, cayendo en la categoría de *medios* todos los bienes que él mismo agrupó bajo el nombre de *mundo*, lo cuáles, como ya dijimos, lejos de ser rechazados, deben ser amados según el orden que objetivamente poseen: medios para alcanzar el fin. Así es que el Hiponense nos recomienda: “No te digo: no ames los bienes de la tierra, sino que los ames moderadamente y con relación al Creador, a fin de que este afecto no te sirva de lazo y no ames para gozar lo que solo debes tener para usar.”²⁷

Por su parte, Komar, siempre desde la perspectiva de la verdad, el valor y la autenticidad, defiende la misma idea que Agustín, aquí con una tesis oculta que si bien no es mencionada, le da sentido a toda la cita. Dios, el Sumo Bien, también es la Verdad, con lo cual, allí donde Agustín veía bienes pequeños subordinados a otros mayores y capaz de proporcionar mayor satisfacción al hombre, Komar ve pequeñas verdades subordinadas a verdades más luminosas, igualmente capaces de proporcionar gozo al hombre. Por tanto, él dirá que esta ética de la medida y del esfuerzo por encontrar el orden objetivo y darle a cada cosa su lugar, lejos de ser una represión es un intento por apuntar a lo que verdaderamente es:

“No se trata aquí, en una óptica bastante pedestre, de frenar la insaciabilidad, no darle curso, cortarla, sino que se trata de otra cosa que es más difícil: apuntar a lo que verdaderamente es. Todo aquello que verdaderamente no es, no puede satisfacer. Entonces siempre que se está afuera de aquello que verdaderamente es, se está en algún tipo de exceso. Fuera de lo real no hay verdadera vida.”²⁸

Nótese que para Komar la verdadera vida no está únicamente frente al Sumo Bien, aunque sin duda sea otro tipo de vida frente a la cual todo lo demás es infinitamente menor, sino que hay vida en el encuentro con todo lo real. Esta idea, compartida por Agustín cuando afirmaba que el mundo no

²⁷Citado en: Kempis agustiniano, ed. cit., p. 63 – 64

²⁸ Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, p. 39

está ahí para verse privado de nuestro amor sino más bien para ser amado ordenadamente, no sólo entronca con la bondad ontológica sino que fundamenta la revalorización del mundo, y el respeto a la realidad como aquello querido por Dios y necesario para nosotros no sólo en tanto nos ayuda a subir al Sumo Bien sino también en cuanto *en sí misma* tiene algo para ofrecernos.

Conclusiones

Habiendo llegado al final de nuestro trabajo, procederemos a una breve recopilación de las conclusiones a las que hemos arribado a lo largo de todo el escrito y a una pequeña enumeración de aquellos puntos que no hemos podido desarrollar por motivos obvios de extensión y objetivos. Comenzando por esto último, tal como dejamos entrever en un principio, somos conscientes de que existen otros elementos de la filosofía de Emilio Komar en los cuales se manifiesta la presencia de Agustín, entre los cuales podemos enumerar la noción de *corazón*, la valorización del mundo interior y la concepción del *maestro*. Todos ellos han sido dejados de lado por escapar a nuestros propósitos originales, pero en todo caso serían mayores testimonios de nuestro principal objetivo: dejar en evidencia la influencia del Hiponense en la filosofía de Komar en relación al bien creado.

Yendo ahora a lo que sí nos propusimos tratar, sin haber dividido la exposición en segmentos demasiado delimitados, podemos decir que abordamos dos cuestiones fundamentales en las cuales nuestros autores mostraban pleno acuerdo. La primera de ellas era el reconocimiento del valor objetivo de toda la realidad, rescatando en esto no solamente el conjunto sino también a cada ente particular que lo conforma; cada uno de ellos, vimos, es sabroso, valioso y amable en sí mismo, no sólo por tener algo propio de lo cual el hombre puede alimentarse sino, y fundamentalmente, porque todos ellos son capaces de remitirnos al Sumo Ser. En este punto hemos manifestado la pequeña diferencia entre los modos de abordar la realidad: mientras que Komar prefería el binomio inteligencia-verdad (según las obras tratadas), Agustín adopta la vía del amor y el bien.

Por otro lado, hemos dedicado algunos párrafos a una cuestión no menos importante y en la cual nuestros autores también estaban de acuerdo, a saber, el amor debido del hombre a esta realidad rica y valiosa para él. Aquí hemos mencionado dos elementos fundamentales que dan la pauta de la vida plena del hombre y su adecuado vincularse con el mundo creado. Frente al reconocimiento de la bondad de todo lo que existe, nuestros autores veían como propio de la sabiduría el reconocimiento de un orden objetivo y dado en las cosas, y la necesidad de una medida en nuestro amor al mundo, la cual lejos de implicar una represión es precisamente la plenitud del amor y del aprovechamiento del mundo en la totalidad de sus bienes.

Bibliografía

- Agustín de Hipona, *Obras completas I*, BAC, Madrid, 1979,
- Agustín de Hipona, *Obras completas II*, BAC, Madrid, 1974, *Confesiones*.
- Agustín de Hipona, *Obras completas III*, BAC, Madrid, 1967, *De natura Boni*, 8.
- Agustín de Hipona, *Obras Completas V*, BAC, Madrid, 1967, *De Trinitate*.
- Agustín de Hipona, *Obras completas XXII*, BAC, Madrid, 1967, *En. in Ps.121*.
- Gilson Etienne, *Introducción al pensamiento de San Agustín* [1983], Trad. de Courrèges (inédita)
- Juan Pablo II, Carta encíclica *Fides et Ratio*
- Kempis agustiniano, BAC Minor, Madrid, Madrid, 2010 Pág. 61
- Komar Emilio, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Ediciones Sabiduría Cristiana, 2006,
- Komar Emilio, *Orden y misterio*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1996, p. 96
- Mosto Marisa, “San Agustín: la luz de la ley y el bien del hombre”, *Sapientia*, Bs. As., UCA, Facultad de filosofía, Volumen LXVI, Fascículo 227-228, 2010, pp. 191-204.